

CASA AJENA

Colección Micra

Silvio D'Arzo

Casa ajena

Traducción y posfacio de
J. Á. González Sainz

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Casa d'altri*

© 1980, 1999, 2007 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

© de la traducción: 2016 J. Á. González Sainz

Revisión: Marta Hernández

© 2016 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: junio de 2016

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: © Pepe Far, a partir de una ilustración de Freepik.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-945348-1-2

Depósito legal: B-13.248-2016

Printed in Spain

—Así que en tren no se llega hasta allí arriba...

—No. Y tampoco en coche de línea.

—...

—Hacen falta tres horas a lomos de mulo. Y que no sea invierno, además, se sobreentiende. Y tampoco cuando se derriten las nieves. Entonces no podrías ni siquiera en cinco.

—Vaya..., pero supongo que tendrá al menos un nombre.

—Sí, me parece que sí. Debe de ser lo único que tiene.

1

De repente, desde el camino de los prados, pero todavía muy lejos, llegaron los ladridos de un perro.

Todos levantamos la cabeza.

Y luego de dos o tres perros. Y luego el ruido de las esquilas de bronce.

Agachados alrededor del jergón de hojas, a la luz de una vela, estábamos dos o tres mujeres de la casa y yo, y un poco más retiradas algunas viejas de la aldea. ¿Habéis asistido alguna vez a una lección de anatomía? Pues bien, para nosotros de algún modo era lo mismo. Dentro del círculo rojizo que proyectaba aquel cabo de vela, todo lo que podía verse eran nuestras seis caras, pegadas las unas a las otras como ante un pesebre, y el jergón de hojas en el medio, y un trozo de pared ennegrecida por el humo y una viga todavía más ennegrecida. Todo lo demás era oscuridad.

—¿No habéis oído nada? —les dije yo a las mujeres poniéndome en pie enseguida.

La más vieja cogió el cabo de vela y fue lentamente a abrir la ventana con él en la mano. Por un momento nos quedamos todos a oscuras.

Alrededor el aire era violáceo, y violáceos eran también los senderos y las hierbas de los prados y las cárcavas y crestas de los

montes: y en medio de las sombras, a lo lejos, vimos que bajaban hacia la aldea cuatro o cinco candiles.

—Son los hombres que bajan de los prados —masculló la vieja volviendo a donde estábamos—, y dentro de diez minutos ya estarán aquí.

Era verdad, así que respiré tranquilo. Las palabras me dan vergüenza, qué le vamos a hacer: y las despedidas nunca se me han dado bien. Sobre todo esas. Sin que se notara me fui yendo hacia la puerta.

—Entonces, padre, quedamos así —me dijo una de las mujeres acercándoseme por la espalda—, nosotras lo lavamos y lo afeitamos, y de vestirlo ya se encargarán ellos esta noche.

—Mandaré a la Mélide a que cosa ella la mortaja mañana por la mañana —dije—. ¿Y con las plañideras qué hacemos?

—Querían trescientas cincuenta: más la comida y una noche de alojamiento. Así que nos las arreglaremos sin ellas. Además

puede darse el caso de que hasta vengan nuestros parientes de Braino.

—Sí: tal vez no valía la pena —dije yo—, gente no es lo que tendría que faltar mañana. ¿Actuaba también en los «mayos», o me equivoco?

—Sí, hacía de Jacob. Y una vez de rey Carlos de Francia. Y además, después de cincuenta años de pastoreo allí arriba en Bobbio, acaba por conocernos todo el mundo.

Junto al jergón de hojas estaba sentada la viuda. No es fácil que se llore por aquí arriba: y ella también permanecía inmóvil y rígida como la vieja de la catedral en la ciudad, que se queda allí quieta esperando que le echen una moneda. A los sobrinos se los habían llevado a las cuadras.

—Buenas noches —dije en voz baja—, mañana por la mañana estaré aquí a las siete.

Asintió con la cabeza. Dos o tres mujeres me acompañaron abajo.

Ahora los perros y las esquilas de bronce se oían con mayor claridad, mezcla-

dos a ratos con un ruido de pezuñas. Un niño tosía tras el cristal de una ventana y en las cuadras se oían coces de mulos y ruidos de los frenos de hierro de las bridas. Empezaba a hacer frío. Atravesé la plazoleta empedrada y dos callejuelas no más anchas que un brazo: tan estrechas, os lo aseguro, que un Falstaff como yo no tiene más remedio que pasar por ellas restregando los codos.

Desde la balsa me volví para mirar hacia abajo. Siete casas. Siete casas pegadas unas a otras y para de contar: más dos calles empedradas, un corral que llaman plaza, y una balsa y un canal, y todas las montañas que quieras.

Las tres viejas estaban todavía allí paradas, justo en el escalón de la entrada de la casa, bajo la ventana iluminada y abierta.

—Y ahí está todo Montelice —dije—. Todo entero: y nadie lo sabe.

Y subí por el camino del monte.

Yo apenas si me encogí un poco de hombros.

No diré que fuera una pregunta tonta, como pudo incluso parecerme de buenas a primeras: lo cierto es que lo que hubiera sido tonto habría sido cualquier respuesta.

El muchacho me miraba esperando. Sí, puede que tuviera unos veinte años. Y a lo mejor ni siquiera: dieciocho. Dieciocho, de todas formas, es la edad que se merecía tener: y, salvo por la sotana, era imposible darse de bruces en el mundo con algo más *nuevo* que él.

—¿Que qué es lo que hacen aquí en Montelice? —dije—. Pues... Viven..., eso es. Viven y basta, me parece.

El amigo no debió de sentirse muy satisfecho que digamos. Me había pillado

allí, en mi silla, sin los zapatos siquiera, con una complexión y una cara a lo Falstaff, e incluso un poco adormilado por añadidura: y ahora, ahí estaba además esa respuesta.

Por suerte era más bien educado y en cierto modo hasta distinguido: algo realmente muy nuevecito, ya lo he dicho, como recién acuñado.

—Ah. Ya lo entiendo —tuvo la presencia de ánimo de decir, igual que si se hubiera tratado en realidad de una información confidencial y precisa—. Le entiendo muy bien. Viven.

Era el nuevo párroco de Braino. No bien hubo llegado, le faltó tiempo para tomarse la molestia de subir hasta aquí a que le aconsejara. Y para conocerme, desde luego. Enseguida me hizo un buen montón de preguntas, bailes, comunistas, moralidad y cosas por el estilo, y a fin de cuentas no manifestaba el menor deseo de marcharse muy pronto. Pero cada cosa con la mayor cortesía, y siempre como de refilón, así, sin que

pareciese siquiera que me lo preguntaba. Escucharle era de alguna forma como una diversión para mí. Bueno, también era algo triste, sin embargo. Un poco triste. Si se mira el traje de ese hombrecillo de allí abajo, un empleado municipal o incluso un viudo, lo primero que se nos viene a las mientes es que también él fue un día un traje nuevo. Y también el hombrecillo, desde luego.

—Y después mueren —añadí.

Con mis sesenta años más que cumplidos y los zapatos desatados por el suelo, no había el menor peligro de que pudiera pasar por cínico.

—Sí. Aquí no sucede nada de nada. Y tampoco en Braino, ya lo verá. Y tampoco en toda la zona a la redonda hasta llegar casi al valle. Los hombres, ahora, andan por los prados, y no vuelven antes del anochecer: alguno que otro estará donde las turberas, y las mujeres haciendo leña por un sitio y por otro. Si se asoma un momento a la calle, como mucho logrará ver a alguna vieja pre-

parando el brasero. Pero eso con suerte... O bien una cabra. A lo mejor solamente una cabra. (En cierto sentido las dueñas del pueblo son ellas: incluso se asoman a las puertas disfrutando de quienes pasan si se tercia que pase alguien.) Y dentro de dos semanas ya no las verá ni siquiera a ellas. El invierno llega aquí pronto, y dura casi medio año.

Puede que no me creyera mucho, y que hasta buenamente me despreciara un poco.

—Me refería a la gente, a los hombres —precisó él cortésmente.

—¡Ah, claro, la gente! Tres cuartos de lo mismo. La misma vieja historia del médico titular. El muchacho llega aquí arriba recién licenciado con su título bajo el brazo y sus matrículas de honor y se imagina que va a poder hacer quién sabe qué cosas: hasta le gusta hacerse un poco el mártir. A algunas personas (durante un tiempo, desde luego) el martirio no les disgusta del todo que digamos. De entrada recorre toda la montaña con su mulo, entra en todas las

cuadras y cosas así por el estilo. Y por encima de todo, para mantenerse al día, se suscribe también a tres o cuatro revistas.

Me eché al colete mi vasito de aguardiente. Y él también mojó los labios en el suyo, pero apenas nada, igual que una ardillita.

—Después se da cuenta de que no hay más que casos de artritis: ciáticas y artritis, ciáticas y artritis y nada más... Entonces no le queda más que recetar yodo, y engordar.

Me respondió simplemente con la mirada.

—Sí, como yo. Exactamente igual.

—Por lo que más quiera —me sonrió—. No quería decir eso.

—Bueno, no crea que no le entiendo —dije yo: temo que demasiado paternalmente. Pero el muchacho no era de los que aceptan regalos de ese tipo.

Se levantó sonriendo.

—Claro que habrá que poner algo de nuestra parte —concluyó ignorándome con urbanidad—. Hay que buscar nuevos me-

dios. Cada época requiere su propio medio, ¿no le parece?

Tenía razón, de acuerdo, y yo hubiera podido decirle sin más que sí. Pero el caso es que él tenía demasiada razón, y eso para mí es poco más o menos como estar equivocado o incluso peor. Y además había otras muchas cosas. Le respondí de una manera completamente distinta.

—Una pregunta —dije yo—. ¿Ha estado usted alguna vez en un pueblo de montaña, digamos que más o menos como este, durante todo un mes entero de lluvia?

Me miró un poco asombrado. Pero no demasiado, de todas formas, y hasta me parece que un poco divertido.

—¿Y quizá durante dos meses de nieve? Nieve lo que se dice nieve, no sé si me explico. No como en la ciudad o incluso en el valle, por supuesto.

Esperó a ver adónde quería ir a parar.

—Pues yo en cambio sí, yo sí que he estado. Y durante más de treinta años.

Más de treinta Navidades, ¿sabe lo que le digo?

Realmente, aquel hombre tenía cualidades. Consiguió mirarme con la desconfianza más deferente del mundo. Ahora debía de parecerle un curioso ejemplar de la típica fauna local, ni siquiera demasiado antipático, en el fondo: el último de los mil casacas rojas de Garibaldi o bien la vieja criada sorda que lleva cien años en la ciudad sirviendo a la misma familia.

—¿Y qué es lo que ocurre? —me preguntó únicamente por educación.

—Nada, ya se lo he dicho. No pasa nada de nada —intenté recobrarne—. Solo que nieva y llueve. Nieva y llueve y nada más.

Y por fin reuní también valor para ponerme de nuevo los zapatos. El amigo tuvo el detalle de volverse para mirar el sombrero.

—Y la gente —concluí— se queda abajo en las cuadras mirando la lluvia y la nieve. Igual que los mulos y las cabras. Eso es lo que ocurre.

En la puerta nos detuvimos un momento. Alguna cosa tenía que decirme, de todas formas. Una cabra metió la cabeza dentro: nos observó con cierta desilusión y luego se marchó como si fuera uno más de casa. Volvería más tarde.

—¿Lo ve? —dije yo una vez más, siguiendo a la cabra con la mirada—. Nada de nada. Eso es todo.

—Bueno, alguna vez también pueden producirse encuentros de este tipo. Como el de hoy con usted —se escabulló sonriendo—. Ya es algo, por aquí arriba. Muchas gracias.

Bajó por el camino de Braino. Luego torció a la izquierda. Era ágil y esbelto, y parecía estrenarlo todo. Sí: dieciocho años, era evidente. Lo más joven del mundo. O también lo más viejo: quién sabe.